

Colección «SERVIDORES Y TESTIGOS»
133

M. Cordero
5-XI-2012

MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ CORDERO
HENAR PIZARRO LLORENTE (EDS)

Las mujeres en el cristianismo

Once calas en la historia

II Seminario «Textos para un Milenio»
(Madrid, 30 de noviembre, 1 y 2 de diciembre de 2011)

SAL TERRAE
SANTANDER – 2012

© 2012 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Tfno.: 942 369 198 / Fax: 942 369 201
salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

Imprimatur:
✠ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
22-10-2012

Diseño de cubierta:
María Pérez-Aguilera
www.mariaperezaguilera.es

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida, total o parcialmente,
por cualquier medio o procedimiento técnico
sin permiso expreso del editor.

Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 978-34-293-2036-7
Depósito Legal: SA-684-2012

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)
www.grafo.es

Índice

Presentación, por Henar Pizarro Llorente 9

- I -

MUJERES EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO: TESTIMONIO Y SABIDURÍA

1. *María Magdalena: la experiencia pascual, el envío apostólico y el uso conflictivo de su memoria*
Carmen Bernabé Ubieta 15
2. *Mujeres creyentes en las primeras comunidades*
Elisa Estévez López 31
3. *¿Quién compuso la Vulgata? Las mujeres romanas del entorno de san Jerónimo*
Fernando Rivas Rebaque 48

- II -

MUJERES EN EL CRISTIANISMO MEDIEVAL Y MODERNO: ESPIRITUALIDAD Y PENSAMIENTO

4. *Sor Isabel de Villena (1430-1490) y el rostro femenino del cristianismo*
María del Mar Graña Cid 61
5. *Mujeres en el entorno social, espiritual y apostólico de San Juan de Ávila*
María Jesús Fernández Cordero 84

6. Santa María Magdalena de Pazzi (1566-1607):
de la unión mística a la renovación de la Iglesia
María Jesús Fernández Cordero 103
7. Reinas fundadoras en época moderna: el ejemplo
de la reina Margarita de Austria (1584-1611)
Esther Jiménez Pablo 125

– III –

MUJERES EN EL CRISTIANISMO ACTUAL:
TEOLOGÍA Y LAICIDAD

8. «Desde que sé para qué vivo...».
Edith Stein: retazos de una vida fascinante
Fernando Millán Romeral 137
9. Adrienne von Speyr, médico, mística y teóloga
Nurya Martínez-Gayol Fernández 161
10. Madeleine Delbrêl (1904-1964): el evangelio
en un ambiente de «descristianización»
Felisa Elizondo Aragón 179
11. Zélie Guérin y Dorothy Day:
dos historias de vocación familiar
María Dolores López Guzmán 203

Presentación

EL presente libro recoge los trabajos que se expusieron en el II Seminario «Textos para un Milenio». Celebrado en Madrid los días 30 de noviembre y 1-2 de diciembre de 2011 bajo el título *Las mujeres en el cristianismo*, las nueve conferencias pronunciadas se han visto complementadas por dos nuevos capítulos que vienen redondear el objetivo inicial del Seminario y justifican el apunte numérico en el subtítulo de la obra. La iniciativa de celebrar esta reunión científica surgió como una actividad derivada del quehacer docente e investigador del grupo de personas que vienen trabajando en torno a la colección «Textos para un Milenio». Guiados por la ilusión y el entusiasmo, iniciamos en 2007 la puesta en marcha de la edición de textos que, unidos por el sólido hilo de la historia y la espiritualidad del Carmelo, se ocupase de reproducir la obra de autores no especialmente conocidos, de muy diferentes periodos, estilos y orientaciones. Se intentaba, de esta manera, poner en las manos del lector una selección de obras, en algunos casos dadas al público y en otros inéditas, que tuviesen especial dificultad de acceso, bien por tratarse de escritos no traducidos al castellano, bien por estar recogidos en ediciones muy antiguas o descatalogadas, bien por otros motivos que dificultasen su conocimiento a cualquier persona interesada. Para facilitar su lectura, el texto original va precedido de un estudio introductorio, realizado por un reputado especialista en la materia. Han pasado cinco años, y nuestras expectativas se han visto ampliamente cumplidas, puesto que se encuentra próxima la publicación del volumen 10 de la colección. Sin duda, esto no habría sido posible sin el grupo de provinciales y superiores generales que forman el llamado «Equipo mixto de la Región Ibérica Carmelita», que desde el principio mostraron su apoyo a esta iniciativa y han patrocinado su consecución. No menos esencial ha sido y sigue siendo el aliento cons-

Sor Isabel de Villena (1430-1490) y el rostro femenino del cristianismo*

MARÍA DEL MAR GRAÑA CID.
Universidad Pontificia Comillas. Madrid

SOR Isabel de Villena, primera escritora en lengua valenciano-catalana, fue monja clarisa y abadesa del monasterio de la Santísima Trinidad de Valencia. Llamada en el siglo Eleonor de Aragón y de Castilla, era hija ilegítima del famoso escritor don Enrique de Villena. Tras quedar huérfana a los cuatro años, fue educada en la corte de la reina de Aragón doña María de Castilla, esposa de Alfonso V el Magnánimo y parienta suya. En 1445 ingresó en el monasterio valenciano que la reina estaba fundando y del que llegaría a ser abadesa desde 1463 hasta su muerte, a causa de la peste, en 1490. Mujer de sólida cultura humanista, cortesana y teológica, se relacionó con las altas instancias eclesiásticas y políticas y participó en la «edad de oro» valenciana como escritora, lectora, impulsora de textos y destinataria de dedicatorias, llegando a presidir un cenáculo literario. Entre otros hechos conocidos, cabe recordar que solicitó al obispo auxiliar de Valencia, Jaume Pérez, que escribiese una explicación del *Magnificat*, obra que él le dedicó resaltando su interés por la exégesis y el comentario escriturístico. También Miquel Pérez le dedicó la traducción valenciana del Kempis, *Menyspreu del mon*, y Bernat Fenollar y Pere Martínez la obra *Lo Passi en cobles*, donde la consideraban «gran doctressa en l'entendre». Por otra parte, si

* Parte de este texto es una síntesis de dos trabajos que he publicado con anterioridad y que cito en la bibliografía final.

sor Isabel gozó de un notorio reconocimiento intelectual entre sus contemporáneos, no fue menor su prestigio moral y espiritual, hasta el punto de acabar convirtiéndose, según la crítica especializada, en «el oráculo de la ciudad».

De entre la obra escrita de la abadesa de la Trinidad destaca la *Vita Christi*, impresa en Valencia en 1497 gracias a su sucesora en el cargo, Aldonça de Montforiu, que quiso satisfacer así el deseo de leerla mostrado por la reina Isabel I de Castilla, la Católica. Este texto se inscribe en un género literario muy habitual en la Baja Edad Media: las vidas de Cristo que, mediante la involuación emocional de los lectores, perseguían favorecer la devoción, la oración —sobre todo la meditación— y el perfeccionamiento espiritual. Se entendía que conocer a Cristo, visualizar, interiorizar y revivir los episodios de su vida, significaba entablar un vínculo amoroso con él. Los estudiosos han subrayado el componente afectivo del texto —en sintonía con la escuela franciscana a la que pertenece y con una tradición que tiene en San Bernardo uno de sus principales exponentes— y la fuerza plástica de sus descripciones relacionándolos con el sexo femenino de la autora y de sus principales destinatarias, las monjas de su comunidad. Femenidad literaria concretada en ciertas especificidades de lenguaje y redacción, pero sobre todo en los contenidos: así, el relevante papel otorgado a las mujeres en la vida de Jesús, especialmente a su Madre hasta el punto de tratarse de una vida de María más que de Jesucristo, e, incluso, de una visión de la vida de este a partir de las mujeres. Aunque se han destacado los extensos conocimientos bíblicos, patrísticos y clásicos de sor Isabel, acaso no se haya subrayado lo suficiente su condición de autora humanista capaz de equilibrar su erudición —plasmada en el buen conocimiento y manejo de las fuentes— con la razón, a la que otorga gran peso en su discurso, y, al tiempo, sumar intensas dosis de emoción y sentimiento. Desde esta perspectiva, su recreación de la vida y palabras del Mesías y de María en su contexto vital y relacional es más que un diálogo novelado con que entretener, dar fuerza comunicativa al relato o favorecer la meditación. Es, también, un ejercicio retórico de «puesta al día», ampliándola, de la Palabra de Dios contenida en la Escritura, una operación de autoría femenina fun-

dada en el amor que Jesús vino a predicar a la humanidad como principio básico de su mensaje salvífico y fundada también en la razón, en el sentido común de una mujer consciente de su saber y de su valor intelectual, así como en el de su auditorio, no solo o no necesariamente femenino. De fondo, esta operación de autoría conlleva un trabajo de exégesis reinterpretativa del texto bíblico en perspectiva sexual.

La crítica especializada ha señalado que la *Vita Christi* pudo concebirse como respuesta a una obra de virulenta misoginia, el *Spill* de Jaume Roig. Se inscribiría así en el debate literario-político conocido como «Querrela de las Mujeres», donde se enfrentaron partidarios y detractores de las mujeres y en cuyo seno nació el pensamiento feminista moderno, en sintonía con el cambio de paradigma aportado por el Humanismo. Aunque algunos autores discuten el feminismo de sor Isabel, por considerar que la evidente feminización de forma y fondo de este texto obedece básicamente al hecho de ser mujeres sus principales destinatarias y a su función pedagógica para con ellas, hay en nuestra opinión evidencias suficientes para defenderlo. Evidencias textuales y literarias muy visibles, como el marcado tono polémico que recorre la obra en referencia a la tensión entre los sexos, plasmado en una notoria toma de postura a favor de las mujeres frente a sus atacantes misóginos. Pero también evidencias de contenido concretadas en un planteamiento teológico-ecclesial propio que la autora va desgranando al hilo de su relato y de las distintas imágenes-meditaciones en que se detiene con gran lujo descriptivo. Básicamente, sor Isabel nos muestra el rostro femenino del cristianismo. Sin ánimo de exhaustividad, y teniendo presente que son necesarios más estudios, apuntaré aquí de forma breve algunas de sus principales claves.

1. Las mujeres, prototipos del «ser cristiano»: seguidoras y discípulas

Nuestra autora subraya que las mujeres son plenas integrantes de la comunidad cristiana y que ocupan en ella un lugar de visible importancia. Desarrolla este planteamiento en varias dimensio-

nes, algunas en clave polémica y en relación con temas principales de la Querrela de las Mujeres, con fuerte carga reivindicativa. Primero, las presenta como el modelo de lo que debe ser un cristiano. Es así por su gran capacidad de amor y entrega a Dios, fundamento de su piedad, caridad, fuerza, confianza y gratitud, virtudes en las que habitualmente superan a los varones. Por ello, Jesucristo las ama, las protege y las presenta como cristianas ejemplares proclamando que merecen alabanza y memoria públicas, incluso enfrentándose a medios hostiles. Los episodios van ganando tensión hacia el final de su vida pública, cuando era muy perseguido y se acercaba su pasión, lo que favorece su identificación con las mujeres como colectivo castigado. El discurso encarna en figuras masculinas –fariseos, discípulos y sacerdotes– la mezquindad y la ignorancia frente al amor y la devoción de las mujeres y el ardor de su entrega por entero. De forma significativa, la autora subraya que la defensa pública que Jesús hace de las mujeres implica transgredir el orden establecido y sus normas. Relaciona esta acción con el nuevo orden, fundado en el amor, que viene a traer: él «está sobre la ley» y desea que los pecadores se conviertan y vivan, pues le place más ser amado como Padre que temido como Señor.

Sobre todo Magdalena figura relacionada con aspectos medulares de la Querrela. Simboliza la doble dimensión de mujer denostada y perfecta cristiana: representa las dificultades de todo el sexo femenino y, como contrapartida, el hecho de que su gran capacidad de amar a Dios haga que este la defienda y garantice su crédito y memoria públicos. Su conversión se sitúa en un contexto de pérdida de su buena fama –por «la gent menuda, que comunament se adelita en dir mal de les grans dones per poca causa que veja»–. Lo escucha predicar, se arrepiente de su vida anterior y va a pedirle perdón lanzándose a sus pies mientras un fariseo asiste escandalizado a la escena. Jesús se manifiesta entonces por vez primera a favor de una mujer de forma reivindicativa. Lo hace apelando al amor y a la razón en la predicación que dirige al fariseo, donde la presenta como ejemplo de acción amorosa y de caridad en contraposición a la frialdad del fariseo y su ignorancia al menospreciarla. En amar a Dios y al prójimo está todo el cumplimiento y no solo en oír predicar la ley; pues-

to que ella ha amado mucho, es «molta rahó» que sea amada. Merece reconciliarse con él, ser protegida y defendida.

En parte, este episodio es complementario del de la viuda pobre, donde sor Isabel subraya el fervor de las mujeres frente a un auditorio hostil, los sacerdotes judíos, y contrapone el que ellas sean merecedoras del amor de Dios al hecho de que aquellos hayan sido apartados de él. Estando en el templo, una viuda pobrecilla deposita en la caja de limosnas lo único que tiene, una pequeña cantidad ganada con su trabajo y cuya entrega le supone pasar el día sin comer, sacrificio que hace gustosa por el Señor. Al reírse los sacerdotes de su donativo, Jesús alza su voz pues no quiere que su mérito sea silenciado, sino loado y comentado a gloria de las mujeres, cuyas ofrendas y limosnas, por pequeñas que sean, son muy grandes ante Dios dado el mucho fervor y caridad de que proceden. Los sacerdotes que de ella se ríen están muy engañados y su Padre los ha separado de su amor y su gracia.

La autora defiende además la existencia de un discipulado femenino que concibe en las varias dimensiones reconocidas por la exégesis y habitualmente encarnadas en el sexo masculino: seguimiento, servicio, acompañamiento y testimonio. Una figura femenina contiene en sí todas estas dimensiones: Magdalena, la discípula por excelencia, que en el texto de la *Vita Christi* es la discípula amada en paralelo con Juan y ejemplo del verdadero amor. Su vínculo con Jesús, iniciado con su llamada al igual que en el caso de los apóstoles, se funda en un amor en clave de enamoramiento y sponsalidad. Tal llamada asume formas propias: en el episodio ya mencionado, el Maestro le dirige a ella todo su sermón con la pretensión de desposarla y ligarla a él porque ya la había elegido y sabía lo grande y excelente que había de ser. Ella, mientras escucha su predicación, le mira a los ojos y experimenta una saeta de amor en su corazón, se siente ligada a él por una cadena de amor y se ofrece toda a su obediencia.

El segundo episodio polémico relativo a Magdalena explicita los contenidos del modelo femenino de seguimiento por amor oponiéndolo al de los apóstoles e, incluso, considerándolo ejemplo para ellos. En el convite de Betania, los apóstoles se alteran porque la casa se ha llenado del olor del unguento usado por ella

con Jesús y se indignan escuchando a Judas criticar que lo que ha costado no se haya dado a los pobres. Jesús les dirige una plática de defensa que es también una predicación para todos los cristianos. El nervio central radica en el ejemplo de seguimiento que ella ofrece, cifrado en el sacrificio personal por amor que entraña la capacidad de ofrecimiento, la generosidad y la piedad. Por amor ha renunciado a todo y se ha consagrado a una vida de penitencia y de plena entrega a su servicio, acción modélica y ejemplar para quienes han de seguirlo en la pasión. Su servicio piadoso no es superfluo ni excesivo, sino buena y virtuosa obra que contrapone a quienes la persiguen, calificados como ignorantes pescadores; lo ha realizado inspirada por Dios y anuncia que está muy próxima su sepultura. El gran amor que le ha mostrado garantiza que nunca lo desampará ni olvidará. Fiel al texto evangélico, se incluye la defensa de la memoria pública de Magdalena: allá donde sea predicada la buena nueva, se dirá lo que hizo porque es digna de recuerdo.

El discurso se torna más reivindicativo en referencia a la misoginia, al hecho de que los hombres murmuren contra las mujeres resaltando supuestos defectos, como su carácter mutable y débil. Antes bien, ella es un ejemplo de firmeza y constancia y nunca le olvidará; mantendrá su apoyo durante la pasión, mientras los apóstoles huirán por miedo a la muerte. Este énfasis en el perseverante seguimiento de Magdalena durante la pasión y muerte, fundado en su gran fortaleza, se incrementa en otras partes del texto que ya no reproducen los evangelios canónicos y que sor Isabel apoya en citas latinas del Antiguo Testamento. Cuando Jesús se despide de ella antes de iniciarse la pasión, recuerda que se mantendrá firme a su lado en su calidad de «fortissima» y la eleva a ejemplo de todas sus seguidoras: Salomón contemplaba en espíritu su gran firmeza de amor cuando dijo «Fortis est ut mors dilectio» (Cant 8,6), admirado de haberla hallado en mujer tras lo mucho que había escrito sobre las imperfecciones femeninas Y dijo igualmente: «Mulier timens Deum ipsa laudabitur» (Prov 31,30) porque era digna de alabanza y las que la siguieran en el amor y servicio a Cristo no tendrían dichas imperfecciones. La cuestión es tan importante que, en este mismo episodio, la defensa de la fortaleza femenina y su vínculo ex-

preso con el seguimiento de las mujeres se identifican con otra figura, la Virgen María, también en contraposición con el abandono de los discípulos: María, de la que Salomón escribió «Mulierem fortem quis inveniet?» (Prov 31,10) no encontrando ninguna tan firme y animosa en todas las virtudes, le seguirá y acompañará hasta la muerte por fervor de amor y permanecerá firme en la fe.

El discipulado femenino es también testimonio. Las mujeres merecen recibir el mensaje de Dios y transmitirlo al mundo. Es significativa su presentación como colectivo expresamente favorecido. Jesús establece que su resurrección sea anunciada por las mujeres porque ellas lo amaron intensamente y quien más ferviente es en amor merece ser el primero en las alegrías, consolaciones y favores. Comunica a la samaritana el secreto de la redención humana y que es el Mesías que tanto anhela porque ella representa a todas las mujeres y él desea darles esta gloria singular por amor especial. Con todo, de nuevo Magdalena figura como prototipo. En el episodio del unguento, Jesús afirma públicamente que, por su larga y virtuosa perseverancia de amor, será recompensada: tras su resurrección, se comunicará con ella antes que con los demás y por su mediación tendrán noticias suyas.

El testimonio femenino es difusión del mensaje de Dios y se inserta para sor Isabel en un modelo de apostolado encarnado en Magdalena, entre cuyas actividades incluye la predicación por tierras de Judea mientras acompaña al Maestro. Jesús la sitúa en un nivel de igualdad con Juan cuando la llama «deixebra amada» y le encomienda el cuidado de la Virgen tras su muerte. Sin embargo, la capacidad testimonial de las mujeres asume perfiles propios. Al despedirse de Magdalena, Jesús no le anuncia un posible apostolado social fundado en la predicación, pues ella será instrumento de evangelización por el ejemplo, en su calidad de modelo penitencial-contemplativo: mostrará a quienes deseen servirle perfectamente que han de apartarse de los placeres temporales y reposar solo en él en soledad; mirándola, los cristianos sabrán que no hay cosa imposible para quien mucho ama; además, mantendrá su privilegiada comunicación con él como forma de consuelo y de acceso al mensaje divino. Este énfasis en el valor testimonial de la vida contemplativa huye de las dicoto-

mías, como bien se desprende del episodio de Marta y María –identificada con Magdalena–. Jesús actúa como abogado de esta por amor, pero sin dejar de contentar a Marta: aunque María lleva la mejor parte en su opción contemplativa, quiere que las dos sean «duqueses e guiadores» de los cristianos en el camino al paraíso, al que se llega por vía activa o contemplativa; ambas serán «exemplars e doctresses» y, como recompensa, acabarán unidas inseparablemente entre sí y con Dios.

2. La Virgen María, cabeza de la Iglesia y modelo político

En el relato de la *Vita Christi*, María representa un papel especial en su calidad de madre de Dios. El vínculo de amor con el Hijo constituye uno de sus principales hilos conductores. Sor Isabel recoge la tradición medieval según la cual Cristo, tras resucitar, se apareció a su madre antes que a nadie, incluso antes que a Magdalena, tradición que la autora fundamenta en el hecho de ser «lo razonable» –«segons la raó volía». Pero María no comunica a nadie esta buena nueva, que guarda para sí, dejándole a Magdalena el protagonismo del anuncio. Su función en la comunidad cristiana no es ser propiamente discípula por rebasar este concepto como madre del Hijo. Me detendré tan solo en algunos aspectos.

Resulta notoria la inspiración humanista del texto en la preocupación de la autora por la cuestión política, que expresamente relaciona con la Virgen. María es presentada como mujer política que juega un rol de notable peso en el concierto cristiano y que se deja oír mediante el ejercicio de la palabra pública, contrariando la norma de silencio que habían de acatar las mujeres. Incluso, encarna un modelo político, secular y eclesiástico, visibilizando las virtudes necesarias para inspirar a los regidores del mundo y de la Iglesia. Pero, sobre todo, asume una relevante función como madre capaz de ocupar el lugar de Jesucristo con interesantes repercusiones sobre la noción de representatividad vicaria y los roles eclesiales de las mujeres. Ello se hace notar desde la infancia de Jesús como prelación específica en la que la maternidad se identifica con el regimiento y la actividad repre-

sentativa: la tarea de criarlo, educarlo y cuidarlo implica que le ha sido donada «potestat e auctoritat de regir lo Fill de Deu»; como madre que lo ha traído al mundo, asume funciones de carácter sacerdotal al ofrecerlo en el templo o al hablar y actuar por él –incluso repartiendo su bendición– ante quienes le visitan; y el Hijo siempre ha de obedecerla en calidad de tal. Tras la pasión y muerte, la posición mariana se concreta en una función de representación vicaria que implicaba sustituirlo al frente del colegio apostólico y la naciente Iglesia, ocupando su lugar. Jesucristo mismo se la habría encomendado: María debía ser el fundamento y firmeza de la Iglesia que él iba a fundar con su sangre y que ella había de reafirmar con su fortaleza y gran paciencia, así como reparadora de la fe y principal informadora de los creyentes. Este encargo la convertía en «senyora», «regidora», «capitana», «maestressa» y «doctressa» de los apóstoles –que de ella recobrarían la luz por su constancia y firmeza en la fe– y, sobre todo, la convertía en «gran papesa», papisa cabeza de la Iglesia. En la historia de la salvación, María asume el importante papel de corredentora. Es además la reina del cielo y de la tierra y la mediadora por excelencia de la humanidad.

Resulta interesante detenerse en el papel terreno de la Virgen tras la muerte de Cristo. Sor Isabel no niega el encargo de Jesucristo a San Pedro, que es calificado como vicario y lugarteniente suyo –al igual que el resto de los apóstoles–, pero sí subraya que María llevó la mayor parte y el peso mayor de esta tarea por ocupar el lugar del Hijo, eclipsando al apóstol durante los últimos doce años de su vida. Fue así por ser madre de Dios, lo que entrañaba una identificación o cristificación fortalecida por el amor entre ambos, la comunicación de secretos, la concordia de voluntades y la «com-pasión» de María, esto es, el sufrimiento compartido con el Hijo durante la pasión y muerte. Identificación que no es incompatible con autonomía, pues ella ejerce su rol de manera específica, ejemplificando la maternidad espiritual.

En el texto, la Virgen entiende la cura general de la Iglesia como regimiento de almas –la forma más delicada y difícil de gobierno según sor Isabel–, y este en llevar a la gente con gran amor y caridad a la verdadera creencia y mantenerla en ella, lo que hace necesario usar mente y corazón y empatizar tierna y de-

licadamente con el prójimo y sus necesidades. El amor de madre, fortalecido y ahondado con el sufrimiento con y por el Hijo, brinda la clave. Como tal gobierna María a los apóstoles. Había desarrollado una enorme sensibilidad ante el dolor ajeno y una gran clemencia; de ahí que los readmitiese en el cenáculo y los consolase tratándolos como a hijos y ofreciéndoles su misericordia con suavidad y dulzura. En la convivencia posterior les demuestra continuamente su gran amor materno —preocupándose por que se alimenten, llorando su partida...—, y es correspondida por ellos, que le reconocen autoridad y la obedecen. Cumplan así el deseo divino de «que ellos no ixquessen un punct de la obediencia» de María; pero también lo hacían porque sus mandatos les resultaban muy placenteros por la gracia, dulzura y amor con que los transmitía y, muy especialmente, porque procedían de verdadera igualdad y justicia.

Las actividades de María son varias y perfilan un ejercicio sacerdotal femenino. Dispensaba las misericordias de Dios con los apóstoles, entre los que destaca San Pedro: pues creyó que tras su caída hallaría merced en Cristo, lo pidió de corazón tras confesar su culpa y recurrió a María en ausencia del Hijo; ella le transmitió el perdón de este y el deseo de que fuese verdadero seguidor suyo y muriese en la cruz. Comunicaba los designios de Dios: afirmaba que Cristo había permitido la caída de Pedro porque, habiéndole hecho príncipe de su Iglesia, quería que fuese espejo para todos los mortales de modo que ninguno se fiase de sí mismo por mucho que se viese en estado alto o perfecto, porque todos los humanos están en el peligro de caer. En estrecha conexión, era maestra de los creyentes para informarles, consolarlos y evitar que cayesen en el desaliento, funciones que ejercía con el grupo apostólico antes de la Resurrección y de Pentecostés, pero que incluyen a toda la humanidad; como singular doctora, instruía, profetizaba, consolaba con mucho amor y amonestaba con dulzura, y con su ejemplo de vida se convertía en la mejor informadora de los creyentes. Además, era mediadora entre la humanidad y Dios: el poder de su oración convertía a María en general abogada y, asimismo, su mediación radicaba en traer a Dios al mundo, acercarlo a los hombres y hacerles comprensibles sus designios.

Después de Pentecostés, los apóstoles habrían solicitado a María su bendición y licencia para salir a predicar y su ayuda como abogada, guía y consuelo para salir airoso. Al querer más adelante repartirse por el mundo, ella habría decidido el destino de cada uno, estableciendo que San Juan la acompañase hasta su muerte. En esta última etapa de su vida, sor Isabel presenta a la Virgen manteniendo el modelo de maternidad espiritual como forma de ejercicio de su rol directivo, pero enfatizando su dimensión mística. El poder de mediación de María quedaba ajustado a un modelo muy preciso de retiro contemplativo en una pequeña celda próxima al cenáculo, donde se dedicaba a la oración, la meditación y el trabajo manual para ayudar a la comunidad, actividades pautadas por el ritmo de las horas. En un costado de la celda había una capillita donde asistía a las misas que celebraba Juan y contemplaba la eucaristía; en ambas dimensiones vivía experiencias místicas: en misa, porque revivía los dolores del Hijo hasta perder los sentidos corporales; al comulgar, porque se transformaba por el amor y caía en éxtasis, de modo que su alma deseaba romper los lazos del cuerpo y unirse por completo a Dios-Hijo, momento en el que, además, el Señor le comunicaba grandes saberes; tras estas experiencias eucarísticas, no solía comer en toda la jornada. Sólo rompía su encierro para, algunos días de la semana, visitar los santos lugares, donde, como madre de los hombres mortales, suplicaba a su Hijo-Dios por ellos. Quería apartarse del mundo para mejor comunicarse con él por la oración, pero también para evitar a la multitud de los que se iban convirtiendo al cristianismo y que cada día visitaban el lugar. Esta era, para sor Isabel, la forma de vida perfecta, la contemplativa, que implícitamente contraponía a la actividad de los apóstoles. Aunque ello no impedía que María siguiera ejerciendo las actividades inherentes a su función como representante de Cristo al haber quedado en la tierra en su lugar, ni que su incidencia salvífica y ministerial fuera la más importante. Su perfecto ejemplo de vida, su fe inquebrantable y su contacto estrecho con Dios la convertían en la más perfecta informadora de los creyentes y en el fundamento de la Iglesia. Todos la reconocían como doctora singular y predicadora: con el relato de su experiencia y de los saberes que Dios le comunica-

ba en la oración, impulsó la escritura del Evangelio y fue fundamento de autoridad al componerse, comprobarse y corregirse los textos teniéndola a ella como referente original.

3. La genealogía femenina de la historia

Sor Isabel defiende una idea de gran trascendencia: el nuevo paradigma cristiano se inscribe en un orden simbólico que reconoce en la madre su origen y que visibiliza las genealogías femeninas de la historia humana. La maternidad es la mediación imprescindible que ha traído a Dios al mundo y lo ha dado a conocer, se presenta con carácter inaugural en el nuevo orden de redención y en la vida de todos los seres humanos. Por ello, comenzaba su *Vita Christi* e, implícitamente, la historia de la salvación, con la concepción inmaculada de María y otorgaba a la maternidad carácter impulsor de la actividad pública de Jesús además de situarla como temática central de la mayor parte de los milagros seleccionados en el relato.

De este modo, si la Virgen era la mediación imprescindible que daba inicio a la vida terrena de Dios, gracias a su «intercessio» iniciaba Jesús su actividad pública en las bodas de Caná, episodio simbólico de la encarnación. Fue así porque deseaba darle a su madre la gloria primera de sus obras por el gran amor que le tenía y para que los hombres supiesen que por su mediación habían de ver satisfechas sus peticiones. Ese amor a la madre motivaba el siguiente episodio: Jesús decidía ayudar a la viuda de Naín sin que ésta se lo pidiese, porque pensaba en María y en el dolor infinito que habría de sentir cuando muriese y se quedase sola. Y acaso sea posible vislumbrar una implícita referencia a la madre en la curación de la mujer encorvada: ella tampoco solicitaba el milagro, pero él, movido por gran piedad, le anunciaba que el diablo sería confundido por las mujeres «y no ellas por él», en posible referencia profética mariana. Cosa diferente sucedía con la cananea, que le pedía el milagro para su hija: Jesús se hacía rogar, poniendo a prueba su fe y su amor. El episodio de la hija del príncipe de la sinagoga abundaba en ello: aquí era el padre quien solicitaba la curación, pero con poca fe; Jesús valoraba que la beneficiaria fue-

se una mujer porque sabría agradecer la curación; consumado el milagro, era la madre quien lo hacía.

Con todo, la exaltación de la maternidad y la plena restitución de las genealogías femeninas de la historia de la salvación se presentan en la *Vita Christi* como obra expresa y pública de Jesucristo desde el cielo, en una dimensión glorioso-escatológica. En el primer ascenso temporal de su alma tras morir, proclamaba la total rehabilitación del sexo femenino. Con su pasión había abierto a las mujeres vías de santificación como el martirio, que las equiparaba a los varones –a los que incluso podrían superar en fortaleza de amor–, y daba por finalizado el castigo de Eva, restituyendo la genealogía femenina de la humanidad. Pero, junto a estos principios salvíficos cristológicos, señalaba otro principio salvífico femenino fundado en la maternidad, temática central de su discurso.

En el cielo, Cristo reconocía públicamente la existencia de dos madres de la humanidad y de las mujeres: María y Eva, una doble figuración materno-simbólica presentada en relación de autoridad contrariando la dicotomía habitual. Como remedio al descrédito del sexo femenino, Eva le solicitaba que María fuese la madre, abogada y reparadora de «sus dolorosas hijas», a las que incitaba a tenerle devoción y esperanza. Él aceptaba esta petición, pero sin excluirla, reafirmando como madre de la humanidad e hija de la Virgen. La postura no excluyente de Cristo –con la que hallamos un paralelo en el trato a Marta y María– se fundaba en el que se perfila como argumento central, muy enfatizado en el texto por su carácter reivindicativo y el apoyo en citas reformuladas de los Proverbios del Antiguo Testamento: el respeto a la madre querido por Dios, que ha mandado honrarla para vivir en su amor y gracia. Ya Salomón habría dicho por inspiración divina: «Generatio que matrem suam non benedicit non est lota sordibus» –fusión reformulada de Prov 30,11-12–, porque los hijos que no honran a la madre no pueden estar limpios de culpa, y «Qui fugit matrem ignominiosus erit et infelix» –cita incompleta de Prov 19,26 que elimina la referencia al padre–; es decir, que quien se aparta y huye de su madre estará lleno de miseria y confusión. Habría dicho también: «Sapiens mulier edificat domum suam, os suum aperuit sapientie et lex clemen-

tie in lingua eius; panem otiosa non comedit; surrexerunt filii eius et beatissimam predicaverunt» –fusión de fragmentos de Prov 14,1 y 31,26-28–, significando que la mujer sabia y discreta edifica y ensalza su casa; cuando abre su boca, reparte sabiduría, la clemencia está aposentada en su lengua; no come ociosa el pan; sus hijos la bendicen y loan, queriendo difundir por todo el mundo su excelente fama¹. Formulando un principio cristiano de reconocimiento de la autoridad materna, Cristo restituía la genealogía femenina de la humanidad y el valor de su origen otorgando poder salvífico a Eva, madre general de todos, al señalar que será recompensado quien la tenga en su memoria y siga su ejemplo penitente. Pero hacía recaer en María la representatividad simbólica del sexo femenino: los que hablen mal de las mujeres incurrirán en su ira, pues su madre hace mercedoras a las hijas de Eva de gran corona y es para ellas una salvaguarda tan fuerte –en su calidad de «capitana y señora» que las guarda y defiende de quienes hablan mal de ellas– que nadie las puede enojar sin que él se ofenda mucho.

Además, Cristo reconocía su propia genealogía femenina ante su abuela Santa Ana –en línea con el hecho de que, en otras partes del texto, sor Isabel pusiera especialmente de relieve cómo el hombre nace de mujer–, lo que llevaba a visibilizar otra nueva pareja madre-hija constituida por esta y la Virgen, y a presentar como incuestionables los privilegios marianos de la Asunción, la Inmaculada Concepción y la Realeza en tanto que vinculados a la maternidad divina. Postura de hondo significado en un medio eclesial donde dichos privilegios no habían sido oficialmente reconocidos y generaban gran controversia. Incluía la primera en un panegírico de María donde recordaba la tarea eclesial que le había encomendado y profetizaba su subida al cielo en cuerpo y alma para estar cerca de él, por encima de todas las criaturas, como madre suya muy querida. La Inmaculada

1. Sor Isabel emplea el proverbio de la «mujer fuerte» (Prov 30), que inspiraría obras como *La perfecta casada*, de fray Luis de León. Ella lo reformula en clave de «mujer sabia», para lo cual toma elementos de Prov 14 sin citar a la mujer necia y eliminando de Prov 30 las referencias a las tareas domésticas.

era objeto de defensa en su diálogo con la reina Esther, cuya vida servía de paralelo. Si había sido tan amada por el rey Asuero, ¿cómo no pensar cuánto lo era su madre por él?; de ella ha dicho por boca de Salomón «Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te» (Cant 4,7), porque es bella, sin mácula, sobrepasa en excelencia a toda criatura, y no hay gracia que no se le haya donado en abundancia. Si Asuero no incluyó a Esther en su ley general, con mayor motivo ha preservado él a su madre de la ley común del pecado original. La maternidad era el fundamento: la mujer que había recibido la dignidad de ser su madre debía ser ensalzada sobre todos, porque de ella se había dicho «Nec primam similem visa est nec habere sequentem». Reivindicación polémica, con duras valoraciones de los incrédulos. Tras resucitar, Cristo insistía en la exaltación mariana pública subrayando su realeza. El fundamento era la encarnación: antes de subir al cielo se inclinaba ante ella como hijo obediente y reconocía públicamente que de ella, su madre natural, había tomado carne, por lo cual sobrepasaba a todos, merecía ser servida y amada y le otorgaba poder de mediación reconociéndole además, como ya hemos visto, representatividad vicaria en la tierra al pedirle que quedase en vida mortal «en loch meu», como maestra de los evangelizadores y nuevos creyentes; le profetizaba dulzuras y secretas revelaciones como consuelo y le recordaba su glorioso futuro en el cielo. Más adelante, poco antes del tránsito, se apareció para que los discípulos presenciasen el anticipo de la coronación celeste de María. Toda la escena es un conjunto de alabanzas a la «mare sua molt cara», que compara con un rosal en el que se ha hecho la obra maravillosa de la unión divina y humana y con el que se deleitan las personas de la Trinidad; culminaba coronándola con tres coronas transmitidas por cada persona trinitaria, con referencia simbólica a distintos aspectos de la vida de ambos que iba explicando según describía los adornos, en un juego de memoria vital-exaltación.

La valoración de la genealogía femenina cristiana ofrecía también una relevante dimensión histórica. En el cielo, Cristo reconocía autoridad y capacidad de mediación salvífica a mujeres del Antiguo Testamento, formulando una nueva síntesis femeni-

no-bíblica adecuada al orden inaugurado con la redención que ofrecía sus raíces femeninas veterotestamentarias. Así a Judit y Esther, «ilustrísimas libertadoras de su pueblo», en una doble dimensión mediadora y ejemplarizante con componentes de poder, confianza y humildad. A la primera le recordaba su fama, las alabanzas a su belleza y sabiduría de palabra y, para que ahora fuese más loada por haber trabajado por el bien común, le otorgaba como galardón tener poder sobre los diablos para vencerlos, aterrarlos y liberar de su influjo a quienes recurriesen a ella recordando su fortaleza y victoria. Poder y fuerza femeninos para vencer al mal rubricados por el cántico de los ángeles: «Potentia et virtus in brachio tuo, robur et fortitudo in dextera tua». En Esther destacaba el valor ejemplarizante de su confianza y humildad: con aquella recurrió a su ayuda y por eso la libró de sus angustias; con esta despierta su amor y por ella la coronará en la gloria. Le otorga ayudar a quienes recurran a ella, imiten su humildad, busquen sus virtudes y quieran conformarse con la benignidad y dulzura de su corazón.

La memoria histórica ubicaba a las mujeres en el plan salvífico y Cristo las situaba además en las jerarquías celestes en igualdad con los hombres como premio a su actividad terrena, verdadera reorganización de su lugar en un mundo del que el Reino de Dios había de ser modelo. Lo acompañaba de una loa pública a modo de evocación biográfica similar a las galerías de mujeres ilustres del Humanismo. Destacaban los lugares relacionados con la sabiduría, el valor y el bien común, ámbitos de habitual actuación masculina y marcado acento político. Además, favorecía a sus parientas. Eva y Santa Ana iban con los amadores de Dios; su tía Isabel, con los secretarios divinos; la valiente madre de los Macabeos, con los mártires; las animosas Judit y Esther, con los que ejecutan las sentencias divinas; la prudente y sabia Débora, con quienes administran igualdad y justicia; la discreta Abigail, con los amantes del bien común —tras cantar su esposo David públicamente en alabanza suya por orden de Cristo—; y la santa matrona Ana, profetisa, con los que tratan al prójimo con benignidad.

4. El cristianismo y el orden simbólico de la madre

La *Vita Christi* de sor Isabel de Villena muestra el rostro femenino del cristianismo por cuanto, como he señalado, lo inscribe en el orden simbólico de la madre. La autora, con su peculiar metodología de exégesis e interpretación de la tradición, quiso visibilizar el lugar central que las mujeres ocupan en el nuevo orden que el Hijo vino a inaugurar. Lugar central, porque el acontecimiento-Cristo no podría haberse producido sin ellas, incluso no sería plenamente inteligible sin contar con su participación, y porque fueron y son preocupación preferente para él. Pero quiso también mostrar que dicho orden nuevo se fundaba en el amor y no en el poder, en la relación de autoridad y no en la jerarquía, resaltando el carácter materno del propio Cristo como dador de vida a la humanidad y con la misma capacidad de amarla y nutrir la que la de una madre con sus hijos.

En efecto, el sexo femenino ha sido la mediación imprescindible para que Dios viniese al mundo y se diese a conocer. Una mediación concretada en la maternidad, que figura explicitada desde la dimensión más puramente física hasta la simbólica y con un sentido fundante: el hecho básico y trascendental es que Dios ha tomado carne de mujer, su madre María, y ello condiciona toda la actuación de Jesucristo; además, son las madres el impulso primero de su actividad pública terrena. De ahí que la cristología se conciba en dimensión relacional. El amor, fundamento del mensaje cristiano, es vivido y expresado por Jesucristo especialmente en relación con las mujeres. La primera, su madre, a la que ama sobremanera, y, por extensión, a todo el sexo femenino, que presenta además, como cualidad propia, el valor añadido de su honda capacidad de amar, lo que convierte a las mujeres en prototipos de seguimiento, en «las cristianas» y en discípulas. Modelos ejemplares de su mensaje, ellas son ocupación y preocupación constante para el Mesías, se encuentran en casi permanente interacción con él, contribuyen a definir y difundir su palabra por el intenso vínculo de amor que los une. Vínculo que se mantiene activo mediante la conversación, —en último término la oración entendida como diálogo íntimo en el corazón. Jesucristo obra con la justicia del amor de-

fendiéndolas de sus detractores, reordenando las estructuras del mundo y del cielo y reubicándolas en ellas y, en última instancia, visibilizándolas, significando las excelencias de la feminidad.

El Mesías recuerda en todo momento su origen materno y comunica a los cristianos la necesidad de amar a la madre, de reconocer su procedencia femenina. De María ha tomado la vestidura humana, pero también su excelencia. Una especie de juego de marianización cristológica que habría conllevado la encarnación y que corre paralelo a la propia cristificación mariana. Porque el texto subraya además la intensa identificación Madre-Hijo fundada en el amor, identificación que conforma a María con Cristo equiparándola a él, o que le hace recibir ciertas prerrogativas en su lugar y que se concreta en el funcionamiento relacional. Para sor Isabel, las personas que mucho se aman casi se vuelven una sola y son semejantes en casi todo, porque la concordia del corazón se muestra en las cosas externas. Jesucristo encarnaba así un nuevo modelo de masculinidad –ejemplar para todos los varones y en especial para el clero– concebido como parte de y en relación con la feminidad, sensible a su origen femenino-materno y al vínculo de amor con las mujeres y decidido a favorecerlas, consolarlas, escuchar sus peticiones e impulsar su empoderamiento. Un modelo de masculinidad que, a su vez, necesitaba de las mujeres, de su amor y su consuelo. Como consecuencia, el orden de redención habría traído un nuevo concepto de relaciones entre los sexos fundado en la reciprocidad por el amor, en el reconocimiento de autoridad de ellos hacia ellas y en el diálogo, la conversación marcada por el gozo y el deleite de estar en relación.

La excelencia mariana venía dada por el mismo hecho de la maternidad divina. Jesucristo no podría haber tomado otra carne que no fuera la excepcional de la Virgen. Si esta era su explicación última, habría sido fruto tanto del propio deseo de Dios, que ya la había preservado del pecado desde el comienzo de los tiempos, como del proceso de cristificación por el amor experimentado por María. Sus privilegios –Inmaculada Concepción, Asunción y Realeza– han de entenderse en este marco, aunque en el período histórico en que sor Isabel escribió era necesario que el Hijo los defendiese expresamente porque la Iglesia toda-

vía no los había reconocido dogmáticamente y generaban gran controversia socioeclesial. La autora ponía en boca de Cristo que la mujer que ha recibido la dignidad de ser su madre no puede ser igualada a nadie y sobrepasa a todos en excelencias; por ello subirá al cielo en cuerpo y alma para estar cerca de él y por encima de todas las criaturas, como su madre muy querida. Pero iba incluso más allá y, como otras teólogas españolas de su tiempo, llegaba a perfilar un status de divinidad para María, si bien es cierto que sin ponerlo en boca del Hijo.

Estos planteamientos permitían a sor Isabel romper con presupuestos fundamentales de la teología escolástica imperante que presentaban la maternidad de la Virgen como subsidiaria respecto de la paternidad de Dios; lo femenino/materno como esencialmente pasivo frente a un Dios esencialmente activo, acto puro; la carne como inferior al espíritu y el sexo femenino en estado de sujeción al masculino. Para ella, la maternidad es acción entendida como la capacidad de generar nuevas realidades trayendo a Dios al mundo y encarnando la Palabra, dando vida al Amor; y es acción también movilizandando la propia actuación terrena de Jesús. Pero no se trataba de identificar excelencia con excepcionalidad exclusivista. Antes bien, ello permitía a la autora concebir la religión cristiana en cuanto integrada en un nuevo orden simbólico, el orden simbólico de la madre. Fundado en el amor y la autoridad –entendida en su acepción etimológica de «augere» o «hacer crecer»– como mecanismos relacionales básicos, implicaba un nuevo ordenamiento, social y terrestre, más plenamente acorde con Dios y con su mensaje salvífico.

Por lo que atañía a las mujeres, la excelencia mariana les procuraba una reformulación antropológica de la feminidad no exclusivista. María no se situaba aparte de su sexo; antes bien, se erigía en su máxima representante y defensora, en su símbolo por antonomasia, y lo hacía también en términos relacionales de amor y maternidad-autoridad con otras figuras femeninas, especialmente Eva, su madre Santa Ana o María Magdalena. Con ella, la autora refutaba los asertos misóginos sobre las incapacidades y defectos de las mujeres y promovía la conciencia sexual, la conciencia de pertenecer a un colectivo femenino unido por el amor. María era además, como hemos comprobado, mo-

delo político para todas/os, incluso para los eclesiásticos, y podía ocupar el lugar de su Hijo además de modelar la capacidad salvífica de las mujeres. Aspectos que podían romper con las monolíticas argumentaciones sobre las que se fundaba la exclusividad masculina, salvífica y sacerdotal. En cualquier caso, María había ejemplificado tras la muerte del Hijo un rol eclesial femenino, la maternidad espiritual, que algunas mujeres venían ejerciendo históricamente. Su actuación hallaba así un referente de autorización sexuado.

Por todas estas razones, las mujeres habían de recibir valoración eclesial y, además de ser consideradas plenas integrantes de la comunidad cristiana, ser reconocidas como sujetos, agentes salvíficos activos que trabajan por ella ejerciendo papeles diversos. El mundo femenino de la *Vita Christi* es muy rico en cantidad de figuras, calidad de las relaciones y diversidad de roles, ofreciendo una múltiple cantera de ejemplos y situaciones eclesiales con que identificarse, pero con el denominador común de la capacitación eclesial femenina. Además del más importante rol político femenino, la maternidad espiritual modelada por la Virgen, sor Isabel señalaba la posibilidad de ejercer otras funciones en el mundo eclesial en calidad de discípulas, incluso por encima de los apóstoles, destacando su papel de portavoces o anunciadoras de la Palabra. Era preciso mencionar y resituar a las diferentes figuras femeninas para hacer frente al desprestigio misógino: así Magdalena, prototipo de discípula amada y representante del sexo femenino, denostado pero ahora rehabilitado, Judit, Esther y tantas otras figuras femeninas entre las que destaca con luz propia Eva. Todas ellas, además de su rol terreno, recibían un reconocimiento salvífico celeste como emblemas cristianos cuyo ejemplo seguir y cuya mediación lograr para salvarse. Sor Isabel se preocupaba de que estas mujeres no quedasen eclipsadas por la Virgen, porque otro aspecto característico de su texto es el valor otorgado a la historia. El hecho de que el Cristo salvador resituase a las mujeres en el plan salvífico de Dios requería para la autora una nueva síntesis bíblica que diese coherencia y continuidad a lo femenino entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, brindando autoridad a las mujeres veterotestamentarias que prefiguraron el seguimiento. De este modo, dibujaba una tradición femenina, una genealo-

gía de mujeres arraigada en la Escritura que venía a completar el sentido de conciencia comunitaria sexuada y brindaba a las mujeres de su tiempo los instrumentos necesarios para reconocerse y hacerse reconocer autoridad.

Mucho más podríamos decir, pero ello requeriría un estudio mayor. Sólo resta señalar que la reivindicación de la valía del sexo femenino y de su protagonismo en la historia de la salvación, además de responder a la necesidad de ser públicamente rehabilitado y de hacerse con una visibilidad positiva en la comunidad cristiana frente a la agresividad misógina propia del tiempo y del debate de la Querrela, fue fruto de un importante movimiento de reforma religiosa conectado en aspectos importantes con el Humanismo. Reforma iniciada con anterioridad pero en plena efervescencia cuando sor Isabel escribió su texto. Un proyecto de regeneración que, en el monacato femenino, se plasmó precisamente en el afán de visibilizar la diferencia sexual y enfatizar el protagonismo de lo femenino, de los vínculos entre mujeres y sus genealogías, algo especialmente notorio en las advocaciones elegidas. Es plausible señalar que, para las mujeres, la reforma religiosa no se entendía si no era visibilizando el rostro femenino del cristianismo.

* * *

BIBLIOGRAFÍA*

- ALMIÑANA VALLÉS, J., «*Vita Christi*». *Sor Isabel de Villena*, Ajuntament de València, València 1992.
- ARNAU GARCÍA, R., *La Encarnación, historia contemplada en el «Vita Christi» de sor Isabel de Villena*, Real Academia de Cultura Valenciana, Valencia 2001.
- CANTAVELLA, R., «Isabel de Villena», en I.M. ZAVALA (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua catalana, gallega y vasca)*, Anthropos, Barcelona 2000, 40-50.

* Lo que se ofrece aquí es una relación bibliográfica.

- CANTAVELLA, R. – PARRA, LI., *Protagonistes femenines a la «Vita Christi». Isabel de Villena*, La Sal, Barcelona 1987.
- ESTRELA, J.E. – ESCARTÍ, V.J., «Introducció», en *Vita Christi. Isabel de Villena*, selecció i adaptació de J. Enric Estrela, introducció de J. Enric Estrela i Vicent J. Escartí, Edicions Bromera, Alzira 2011, 5-35.
- FUSTER, Joan, «El món literari de sor Isabel de Villena», en *Obres completes*, I, Edicions 62, Barcelona 1968, 153-174.
- GRAÑA CID, M^a M., «Un paradigma femení de excel·lència política: la Virgen María en la *Vita Christi* de sor Isabel de Villena (siglo XV)»: *Miscelánea Comillas* 69 (2011), 305-324.
- «Teólogas de una nueva memoria evangélica en el Renacimiento hispano. Jesucristo como defensor de las mujeres (Isabel de Villena y Juana de la Cruz)», en G. ZARRI – N. BARANDA (eds.), *Memoria y comunidades femeninas. España e Italia, siglos XV-XVII*, Firenze University Press, Firenze 2011, 49-72.
- HAUF I VALLS, A., *D'Eiximenis a sor Isabel de Villena. Aportació a l'estudi de la nostra cultura medieval*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1990.
- «Isabel de Villena», en *Isabel de Villena. «Vita Christi»*, selecció i edició a cura de Albert Hauf i Valls, Edicions 62, Barcelona 1995, 5-57.
- HAUF I VALLS, A. (dir.), *Panorama crític de la literatura catalana*, II, *Edat Mitjana, Segle d'Or*, Vicens Vives, Barcelona 2011.
- ISABEL DE VILLENA, *Vita Christi*, edició, estudi, notes i glossari de Vicent Josep Escartí, Institució Alfons el Magnànim, València 2011.
- PAPA, C., «“Car vos senyora sou la gran papesa”. Mariologia e genealogie femminile nella *Vita Christi* di Isabel de Villena», en M^a M. GRAÑA CID (ed.), *Las sabias mujeres. Educación, saber y autoría (siglos III-XVII)*, Asociación Cultural Al-Mudayna, Madrid 1994, 213-225.

- «“...l'avrebbe adorata come Dio, se la fede cristiana non l'avesse trattenuto”: la *Vita Christi* di Isabel de Villena»: *Hagiographica* 1 (1994), 287-314.
- PIERA, M., «Writing, Auctoritas and Canon-Formation in Sor Isabel de Villena's *Vita Christi*»: *La Corónica. A Journal of Medieval Hispanic Languages, Literatures & Cultures* 32/1 (2003), 105-118.
- RIQUER, M. DE, *Història de la literatura catalana*, III, Ariel, Barcelona 1984⁴.